LA CIUDAD COMO LUGAR DE AMPARO, ARRAIGO Y ENCUENTRO

*Juan Carlos Mansur Garda**

*“El hombre es, en su más profunda esencia,
un constructor de ciudades”.* **

La riqueza y complejidad del buen diseño de las ciudades y el consiguiente bienestar de sus habitantes radica en comprender que sus moradores no ocupan el espacio como si fueran un objeto más dentro del mobiliario urbano; antes bien, lo interpretan, se relacionan con él y lo transforman desde un contexto cultural y social. Por eso, quien diseña y organiza los espacios necesita conocer a la persona, entrar en empatía con ella y con sus relaciones interpersonales. Leer el habitar únicamente desde la objetividad del espacio físico supondría que habitar fuera cuestión de “ocupar” un espacio, cuando en realidad el hombre lo configura desde su forma de comprender la vida. Hacer ciudad es el resultado de la experiencia de vida de sus moradores, quienes intentan establecer un orden entre ellos, orden que deviene espacio.

Habitamos desde la forma como interpretamos los lugares, como nos vinculamos creativamente con ellos y con sus pobladores.¹ La fenome-

193

* Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

** Alfonso López Quintás, *Estética de la creatividad* (Madrid: Cátedra, 1977), 197.

¹ Tal como afirma López Quintás: “Cuando se dice que el hombre desarrolla su vida ‘en’ el espacio, conviene apresurarse a cargar esta expresión de todo su valor positivo y dinámico, pues el espacio no es para el hombre un mero continente estático y rígido en sus acciones, sino el resultado de su actividad configuradora del entorno. Más que espacio en general, convendría hablar de ámbitos, pues la vida del ser humano consiste precisamente en ir tejiendo paulatinamente el entramado de ámbitos que constituyen su razón de ser y el clima en que florece su libertad.” *Ibid.*, 206.

nología y la hermenéutica son disciplinas de la filosofía que han resultado ser especialmente valiosas para dar luces sobre la esencia del habitar, comprender la forma creativa y simbólica con la que los seres humanos vivimos los espacios a partir de nuestra corporalidad, nuestras imágenes, nuestros deseos y recuerdos. Habitamos a través del lenguaje de los signos y símbolos. Pocas veces reparamos en que vivimos las ciudades y realizamos actividades como transportarnos, guarecernos, trasladarnos, descansar, de forma simbólica, cargadas de sentido, y por lo mismo, diversas de una cultura o una persona a otra.

El filósofo español López Quintás, discípulo de Gadamer y heredero de la escuela hermenéutica, ha hecho fructíferas reflexiones sobre la filosofía de la ciudad y del espacio y sobre la filosofía del habitar, y ha subrayado la distinción entre espacio objetivo y espacio interpretado. El primero es el espacio mensurable, nos muestra la cara física y cuantificable de los objetos como realidades delimitadas, perfectamente configuradas, opacas, apenas dotadas de poder de iniciativa, sometidas a modos de espacio-temporalidad precarios y cuya percepción, por lo mismo, es neutra. El espacio interpretado, que López Quintás llama “ámbito”, surge, a diferencia del espacio de la física y las matemáticas, de la interpretación y compenetración vivencial que tenemos con las cosas. Es un espacio que vivimos con jerarquías y valores, por esto se contrapone a las realidades objetivistas. El ámbito no lo conforman objetos medibles; de hecho, los ámbitos se dan a condición de que no sean vistos como tales, sino como una realidad que permite desarrollar una actividad lúdica y creadora. Donde la realidad objetiva ve cemento, tabique y vigas, en la realidad interpretada de los ámbitos vemos una casa, una escuela, una sala de conciertos. Los espacios interpretados son dinámicos, abiertos, lo que da por resultado una realidad nueva, irreductible y originaria. Cuando vivimos los espacios desde los ámbitos los vivimos cargados de valor y simbolismo.²

² De aquí que López Quintás defina el ámbito como “campo abierto a una acción posible, campo de posibilidades”. *Ibid.*, 185. Las posibilidades se cierran cuando las cosas del entorno cierran caminos al hombre; en cambio, cuando se disponen benéficamente para crear entre ellas un campo de acción humana hay un ámbito. “El ámbito no es nunca algo estático, sino el resultado bullente y firme a la vez de una confluencia de elementos”. *Ibid.*, 185. Los ámbitos son espacios de vivencia que abre el hombre, pues en su condición de ser inteligente,

Es interesante observar que el estudio de la vivencia cultural del espacio y de nuestra manera de habitar no fue un campo cultivado exclusivamente por la fenomenología o la hermenéutica, sino que también fue abordado por otras disciplinas, como la que desarrolló el antropólogo cultural Edward Twitchell Hall, quien explicó que las personas vivimos el espacio a partir de la “proxemia” que mantenemos con nuestros semejantes, con quienes establecemos relaciones de distancia de acuerdo con jerarquías y a lenguajes que nos permiten expresar lo íntimo, lo público, lo privado y las jerarquías de acuerdo con nuestras diferencias “proxémicas” culturales.³ En épocas recientes, el arquitecto Juhanni Pallasmaa habla de cómo vivimos la arquitectura y las ciudades desde nuestra corporeidad y nuestra piel,⁴ desde la experiencia “háptica” —como la llama—, que debe ser educada para poder adquirir una vivencia correcta del habitar. Las investigaciones que se han realizado al respecto desde tan diversos campos han permitido comprender que nuestros espacios serán más habitables en la medida en que sus pobladores los vivan de forma creativa y dinámica, no solo porque ningún ser humano es indiferente al lugar al que llega o en el que vive —este siempre nos afecta y estamos en un continuo acto de relación creativa con él—,⁵ sino porque esta capacidad de ordenar e interpretar el espacio es lo que le da el sentido de vida al ser humano.⁶ Esta afirmación implica ver al hombre como ese ser creativo que hace de los espacios físicos, lugares habitables. Los seres humanos habitamos la casa, el trabajo, la ciudad desde nuestra visión de mundo y de la vida, lo que lleva a organizar el entorno de acuerdo con los deseos personales de vivir de una

capta las impresiones no como estímulos, sino como realidades estimulantes; por eso la reacción del hombre al medio no es como si fuera la respuesta a un estímulo, sino que el hombre reacciona de diversas maneras a un mismo estímulo, pues cuenta con una inteligencia que permite diversos proyectos de acción.

³ Edward Hall, *La dimensión oculta* (México: Siglo XXI, 1988).

⁴ Juhani Pallasmaa, *Los ojos de la piel* (Barcelona: Gustavo Gili, 2006), 10-11.

⁵ “El hombre no vive estáticamente, pasivamente, en un espacio; se inserta activamente en un ámbito, configurándolo y tensionándolo con todo el dramatismo de su existencia.” López Quintás, *Estética...*, 205.

⁶ “Solo conformando ámbitos y confiriendo sentido al entorno puede el hombre dar la necesaria ordenación a su vida.” *Ibid.*, 205.

manera o de otra. Desde esta mirada se comprende por qué el diseño arquitectónico y urbano debe configurar el espacio según los significados propios de las personas y sus culturas.

El diseño arquitectónico correcto tiene siempre cuidado de disponer y conformar los espacios de tal manera que sean *lugares*, *sitios* que eleven a la persona a su verdadera condición de habitar, donde el mundo físico sea interpretado como un campo de posibilidades para la plenitud personal. Transformar el mundo físico en un espacio habitable significa abrir un mundo de sentido para sus moradores, quienes habitan desde la relación activa y creativa con el entorno en tanto que “el hombre no encuentra una relación dada con el mundo, sino que debe incesantemente tratar de establecerla”.⁷ Somos creadores del mundo, decía Berger,⁸ y en la medida en que habitemos creativamente, ganaremos un lugar en nuestra condición de persona. Dentro de las distintas formas como vivimos y transformamos creativamente el espacio está el hacer de él un lugar de *amparo*, *arraigo* y *encuentro*, principios que están siempre entreverados y que al generar uno se incita a que afloren los otros.

Habitar bajo el *amparo* supone que hemos hecho un lugar que proporcione resguardo, integridad y protección. Quien reside en un lugar desde el amparo habita con la vivencia de la tranquilidad. “Estar a salvo” puede tener una dimensión física o una dimensión de índole más simbólica. Podemos hacer edificaciones que nos permitan estar al amparo de las inclemencias físicas de la naturaleza (lluvias, inundaciones, terremotos, el acecho de los animales) o a resguardado de la violencia de otras personas; pero también podemos ampararnos cuando logramos establecer vínculos emocionales que nos proporcionen seguridad; entonces, incorporamos en nuestros espacios elementos que nos dan seguridad: tener una línea telefónica, una cámara de vigilancia o el número telefónico de la vigilancia, de amigos y familiares. Cuando logramos ambas seguridades, tenemos una experiencia más plena del habitar. La necesidad de sentir seguridad en las ciudades, por ejemplo, tiene mucho que ver con

⁷ Peter Berger, *El dosel sagrado. Elementos para una sociología de la religión* (Buenos Aires: Amorrortu, 1969), 17.

⁸ *Ibid.*, 19.

generar un sentimiento de amparo. Jane Jacobs afirma que “la condición indispensable para que podamos hablar de un distrito urbano como es debido es que cualquier persona pueda sentirse segura en la calle en medio de todos esos desconocidos”.⁹ ¿Cómo hacer un diseño arquitectónico de tal manera que pueda proporcionar elementos físicos y simbólicos que generen un sentimiento de amparo? Proporcionar amparo no se expresa necesariamente en muros o barricadas, pues uno puede sentir amparo al ver una calle iluminada en medio de un barrio baldío o sentir amparo gracias a que se encuentra uno en un entorno conocido. Se puede habitar bajo el amparo cuando vive uno protegido por familiares o amigos o cuando se vive protegido por las leyes. Habitamos cuando tenemos la confianza de que estamos bien y a resguardo.

El *arraigo* es un elemento indispensable para habitar. Al identificarse con un entorno y sentir *copertenencia* con los ambientes y los demás, se despiertan las fuerzas creadoras y libres de quien habita.¹⁰ El arraigo se manifiesta de muchas maneras; por ejemplo, se puede tener arraigo a la tierra donde nacimos o de donde venimos. El arraigo se manifiesta cuando vivimos un espacio y un tiempo como algo común a aquellos con quienes nos sentimos unidos, a la vez que nos permite vivirlo como íntimo y propio. La vivencia del arraigo permite copertenecer a una época y un lugar, vivir donde uno se encuentra afín a sus intereses, creencias, ideas y actividades. “Del arraigo depende nuestro sentido de ubicación y dirección, de identidad, nuestros proyectos de vida y la relación con nuestros semejantes.”¹¹ Los espacios que no se viven bajo el arraigo resultan extraños y ajenos, pues “el arraigo depende de la significación y el sentido que otorgamos a las personas, lugares y prácticas cotidianas”.¹² El viajero o el migrante realizan en su nuevo país sinnúmero de actividades que le permitan habitar y emprender acciones que le confieran una mayor sensación de arraigo, de hacer un “mundo” en ese nuevo lugar

⁹ Jane Jacobs, *Muerte y vida en las grandes ciudades* (Madrid: Península, 1973), 34.

¹⁰ Arraigo: “establecimiento duradero en un lugar, que se convierte así en centro de perspectiva, eje en torno al cual gira el mundo ambiente”. López Quintás, *Estética...*, 197.

¹¹ Katya Mandoky, *Desarraigo y quiebre de escalas en la ciudad de México, un problema de semiosis y estética urbanas* (México: UAM Xochimilco, 1998), 205.

¹² *Ibid.*, 198.

al que ha llegado, como por ejemplo cuando acude a los lugares de culto de sus creencias religiosas en el nuevo país o la ciudad a la que se ha desplazado, pues así se orienta y tiene una referencia que lo hace sentirse en un lugar propio, común a su antiguo hogar.

De la misma manera, un viajero toma cuadros, imágenes, recuerdos que o bien portará consigo o bien colocará en sus habitaciones, como objetos que le permiten vivir el arraigo y con ello habitar el nuevo lugar al que ha llegado. Quien habita desde el arraigo mantiene sus tradiciones e incorpora nuevas en la búsqueda de tender nuevos lazos que le sirvan para hacer historia y arraigarse a nuevas culturas y tiempos en el lugar al que ha llegado a vivir. Por ejemplo, algunos migrantes deciden abandonar su idioma nativo como señal de que han llegado a un nuevo hogar y buscan, mediante la incorporación de un nuevo idioma, fundar un nuevo origen y arraigarse al nuevo país con el propósito de establecerse y asimilarse a los habitantes de ese mundo al que han llegado; otros, en cambio, deciden mantener su idioma materno y no cambiar su identidad para no perder el arraigo de la tierra que los vio nacer. Dos formas diferentes de vivir el arraigo y habitar desde ahí.

198 De la misma manera que el amparo se representa mediante edificaciones físicas o símbolos, también el arraigo se puede experimentar al establecerse físicamente en un lugar, pero también puede ser vivido desde realidades interpretadas. Uno puede sentir la vivencia del arraigo cuando pisa nuevamente el suelo de su país, pero también puede vivir la experiencia de arraigo al encontrar en la ciudad aquellos signos y símbolos que le son comunes y hacen referencia a su historia y vida personal, a su cultura, a su país, a su raza y que son elementos que transmiten un sentimiento de habitar y de vida. Algunas formas de arraigo pueden ser compartir un idioma con una comunidad, compartir una misma creencia religiosa o una misma ideología moral y política, una manera de comer. Todos estos ejemplos son muestras de arraigo que implican una identidad que nos unifica.

Aunado al amparo y al arraigo, las ciudades bien planeadas deben favorecer el *encuentro*. Habitar es generar *encuentro* gracias al cual queda al descubierto el verdadero ser profundo de sus habitantes, porque

“el hombre habita en verdad cuando crea con los demás hombres y las realidades del entorno relaciones de encuentro”.¹³ El encuentro aparece cuando se abre un campo de sentido y comunicación de los habitantes entre sí, con los objetos o con la naturaleza que los rodea mediante el ejercicio creativo de vivencias y símbolos unificadores, códigos, lenguaje, cultura y ejes de referencia.

Al igual que la experiencia del arraigo y del amparo, el encuentro no se reduce a una expresión física. Si bien podemos sentir una especie de encuentro en la vecindad física con otros, no queda definido por la proximidad y distancia física; antes bien, se da cuando los objetos físicos y las personas dejan de ser vistos como cosas aisladas e independientes y se viven como portadores de significados simbólicos. No es la vecindad física entre dos o más seres lo que genera el encuentro, sino el fruto del acto creador con que las personas se involucran con su entorno. “El encuentro, lejos de reducirse a mero choque, es un contacto creador a nivel de autenticidad esencial. Por eso exige respeto a las condiciones propias de los que en él desempeñan un papel.”¹⁴ Una plaza o jardín público puede despertar el encuentro entre sus habitantes si se vive como un lugar de descanso y conversación entre amigos y familiares, un lugar de recreo vinculado a la ciudad que simboliza también una pausa en la vida laboral de las ciudades o bien puede ser un lugar de desencuentro cuando se vuelve un espacio carente de significados, que no propicia el contacto entre las personas, que no deja a las personas realizar las actividades propias de ese espacio, no despierta el desinterés contemplativo de la vegetación, no permite vivir la experiencia del paseo por el mal estado del camino o las luminarias, no se presta para la conversación por estar cerca de avenidas ruidosas y contaminantes o no facilita el juego por un mal diseño del espacio.

El encuentro constituye la realidad profunda del habitar y su sentido originario porque encarna la vivencia de la unidad y comunión entre personas como personas libres y creadoras. Más aún, el encuentro verdadero nos humaniza porque devuelve la dignidad a la persona, no conduce nunca al despojo, a la manipulación egoísta y altanera del otro, sino

¹³ López Quintás, *Estética...*, 197.

¹⁴ *Ibid.*, 195.

que acontece desde el respeto y un clima de serena aceptación mutua,¹⁵ lo que implica elaborar un propio destino en amistad, de creación de lazos para establecer interrelaciones en armonía que pongan de manifiesto que “en el habitar reside la paz”.¹⁶

El encuentro nos humaniza porque funda la comunidad que permite establecer los lazos de compromiso que fortalecen el “sentido” de la ciudad en sus habitantes e impulsa a elaborar un proyecto común: “nunca se sienten los hombres más intensamente vinculados que cuando participan activamente en la fundación de algo que les atañe en lo más profundo de sí mismos”,¹⁷ pues tanto las personas como las ciudades entretejen intereses y actividades que no se pueden formar por hombres aislados sino como un proyecto en comunidad. En el habitar se da esta experiencia, pues si bien es necesario que la persona se “apropie”, sea “libre” y “creativa” para poder habitar, esto no lo puede resolver desde la fórmula individualista y egoísta. “El elemento fundamental de la trama constituida por la vida humana no es el *individuo*, el yo acotado que se enfrenta al entorno circunstancial que lo rodea y delimita y a veces acosa, sino el complejo de ámbitos que surgen en el encuentro del hombre con los seres capaces de co-crear relaciones elevadas de convivencia.”¹⁸ Esta visión del habitar se funda en una antropología que ve al hombre como un ser solidario y abierto a la comunicación. Ahí radica su autonomía, que debe conseguir “rompiendo los estrechos moldes de su individualidad y abriéndose a los seres del entorno. Cuando estos seres son valiosos y poseen cierta capacidad de iniciativa, tal apertura es creadora y enriquece al hombre”¹⁹ y le hace ser plenamente ser humano.²⁰ La vivencia creativa con los demás y su entorno eleva a la persona al rango existencial. “Es dentro de la sociedad, y como resultado de un proceso social —dice Peter Berger— donde el individuo se convierte en una persona, adquiere y mantiene una identidad y lleva a cabo los diversos proyectos que

¹⁵ *Ibid.*, 196.

¹⁶ *Ibid.*, 201.

¹⁷ *Ibid.*, 193.

¹⁸ *Ibid.*, 188.

¹⁹ *Ibid.*, 197.

²⁰ “El hombre llega a ser plenamente tal cuando supera la soledad de la retracción egoísta y altanera para potenciar su ser en la tensión creadora de unidad comunitaria.” *Ibid.*, 188.

constituyen su vida [...] Las dos afirmaciones, que la sociedad es producto del hombre y que el hombre es producto de la sociedad, no son contradictorias”,²¹ es el paso de la persona a la personalidad en palabras de López Quintás.²²

Lo anterior no reduce la persona a su comunidad; antes bien, una persona que no logra integrarse de forma personal y creativa con los demás ni con el entorno podrá tener proximidad física y “ocupar un espacio” pero no se puede decir que habite, y si no se incorpora creativamente dentro de la comunidad se disminuye la calidad de vida. Habitar requiere tanto la vivencia comunitaria como el ejercicio creativo y responsable de las personas entre sí y con su entorno.

Resulta por demás interesante ver cómo los principios del habitar que se han desgranado desde la hermenéutica y la fenomenología encuentran eco en los planteamientos que han hecho algunos urbanistas y arquitectos que han recalcado que los espacios bien logrados promueven la vivencia personal de quienes, más que individuos, se relacionan como personas portadoras de sentido y valor que contribuyen a enriquecer el entorno volviéndolo más habitable. Esta vivencia creativa de los espacios en comunidad permite mantener vivas las ciudades y a las personas que con “intereses legítimos” habitan en ellas, un principio que advirtió Jane Jacobs al afirmar que “cuanto mayor y más abundante sea el conjunto de interesados legítimos (en el sentido estrictamente legal del término) que sean capaces de satisfacer las calles de una ciudad y los establecimientos o centros que en ellas están instalados, mejor para esas calles y para la seguridad y grado de civilización de la ciudad”.²³ Para poder diseñar lugares de esta naturaleza se requiere empatía y comunicación con los habitantes, no solo para conocer sus necesidades, sino para entender los códigos y símbolos con los que comprenden y viven el espacio.

²¹ Berger, *El dosel sagrado*, 14.

²² “La persona humana se va configurando como personalidad al apropiarse de las posibilidades que le ofrece la realidad circunstante merced a la condición que esta posee de ofrecer un sentido al hombre y presentarse al mismo en forma de instancias y recursos.” López Quintás, *Estética...*, 165.

²³ Jacobs, *Muerte y vida...*, 44-45.

El urbanista Jan Gehl propone en *La humanización de los espacios urbanos* técnicas y modelos arquitectónicos que permiten mejorar los espacios y desarrollar una mejor calidad y sentido de vida entre sus habitantes, a partir del principio de que los distintos diseños de calles, plazas, banquetas, casas y escala de edificaciones propician o inhiben las actividades de los pobladores. Tras años de estudio y observación de los espacios y la forma como se viven, Gehl ha mostrado qué tipo de diseño espacial propicia las acciones de agrupar/dispersar, integrar/segregar, atraer/repeler o abrir/cerrar, y hace ver que los urbanistas pueden influir en las posibilidades de generar encuentro o dispersión entre sus pobladores.²⁴ Investigaciones de esta naturaleza son importantes porque ayudan a diseñar ciudades que fomenten las condiciones propias del habitar, como las de amparo, arraigo y encuentro que se han formulado aquí; por ejemplo, “una calle muy frecuentada es igualmente una calle segura”,²⁵ pero las calles solo podrán ser frecuentadas en la medida en que favorezcan el encuentro, y este no se da si no comunica un arraigo y genera un amparo en los caminantes. Sobre este punto, Jane Jacobs hace ver que los diseños de ciudades que dispersan a sus habitantes inhiben el encuentro y propician inseguridad y, por tanto, desamparo. De ahí su crítica a las ciudades extensas y poco densificadas:

Mas de una cosa podemos estar seguros: desconcentrar o dispersar las aglomeraciones humanas, desparramarlas sobre una gran extensión no produce necesariamente una mayor seguridad y un menor temor al crimen. Esta misma conclusión es válida también para muchas otras ciudades,

²⁴ Jan Gehl, *La humanización del espacio urbano* (Barcelona: Reverté, 2004), 21. No se podría decir que el espacio determina al hombre, pues “cuando analizamos al ser humano sobre el trasfondo del mundo animal, observamos que en el hombre cada estímulo procedente del exterior no provoca automáticamente una respuesta determinada; puede dar lugar a modos de conducta muy diversos. Entre el estímulo y la respuesta se funda una especie de campo de actuación libre y reflexiva”. López Quintás, *Estética...*, 187. Por esto “aunque el marco físico no tiene una influencia directa en la calidad, el contenido y la intensidad de contactos sociales, los arquitectos y los urbanistas pueden influir en las posibilidades de encontrar, ver y oír a la gente, unas posibilidades que conllevan una cualidad en sí mismas y llegan a ser importantes como telón de fondo y punto de partida de otras formas de contacto”. Gehl, *La humanización...*, 21.

²⁵ Jacobs, *Muerte y vida...*, 38.

donde hay infinidad de barriadas periféricas, pseudo-zonas residenciales, arrabales antiquísimos especialmente aptos todos para la violación, el atraco, la agresión personal, el rapto y otros crímenes por el estilo.²⁶

Lo anterior no debe hacernos pensar que los espacios condicionan la vida de sus pobladores, mucho menos pensar que existe un único lenguaje arquitectónico aplicable a todas las ciudades. Por un lado, se requiere la participación activa y creativa de sus pobladores, pues “la frialdad y rigidez de los ámbitos procede en gran parte de la actitud retraída, cerrada y cómodamente pasiva de los habitantes”.²⁷ Por otro, es necesario comprender los códigos y símbolos con los que cada cultura y comunidad habita. “Hacer ciudad” se da desde una dimensión cultural y espiritual que requiere una actividad constante de quien construye su ciudad y la habita, pero también una comunidad de símbolos, una *interrelación firme* entre sus habitantes que aspire a establecer relaciones en cierta medida inquebrantables, perennes, invisibles e inasibles, valores que contribuyen a construir un hogar y cuyas extensiones pueden ser desde el lenguaje, como lo puede ser la realidad física de una casa, lo mismo que un barrio o una ciudad, pues la vivencia del habitar es la experiencia fundamental que impulsa al hombre a construir comunidad.

Los espacios arquitectónicos, entonces, deben ser vistos como el resultado de nuestro espíritu creativo y personal de convivencia y la forma de organizarnos. En ellos se ve también nuestra capacidad de comprender el espacio y los símbolos desde los cuales lo entendemos, que son reflejo de una cultura y la forma que tienen de vivir el encuentro, generar amparo y sentir el arraigo. El desarrollo de este lenguaje es una coparticipación entre los diseñadores de espacios como de sus habitantes. Si esto es así, quizás no sea aventurado pensar que la calidad de vida de las ciudades pudiera medirse por la capacidad de comunicación creativa entre sus pobladores, por las relaciones constructivas entre ellos, con su entorno y su medio ambiente, por la capacidad simbólica que

²⁶ *Ibid.*, 36.

²⁷ López Quintás, *Estética...*, 203.

JUAN CARLOS MANSUR GARDA

sea expresión de sus encuentros vitales originarios y que contribuya a cultivar el sentido de vida de sus moradores y de los lazos comunitarios que establecen entre ellos. Comprender el papel creativo del hombre en la fundación de lugares habitables nos permite proponer el papel que tiene la persona en la fundación de la ciudad y de los distintos espacios habitables que contiene. El papel central del hombre en la fundación de este “cosmos” no significa otorgarle la función arbitraria y anárquica de quien egoístamente quiera disponer de todo su entorno y destruirlo. “Ser el centro de una constelación de realidades no es un privilegio, sino una tarea”,²⁸ una tarea fecundísima y nunca acabada.

²⁸ *Ibid.*, 199.